

GEORG SIMMEL

Pedagogía escolar

**Traducción de Cecilia Abdo Férrez,
prefacio de Karl Heuter,
posfaco de Esteban Vernik, Gedisa,
Barcelona, 2008, 214 pp.
ISBN 978-84-9784-141-2**

En las reuniones de coordinación pedagógica de los institutos, si a alguien se le ocurre mencionar la palabra pedagogía muchos esbozan una sonrisa y a otros les da simplemente por bostezar. Muchos consideran que esa palabra, vacía de contenido, no significa más que esfuerzo, improvisación ante determinados conflictos y algo de suerte en el aula. Cualquier otra reflexión encaminada a indagar en las posibilidades de la pedagogía suscita, generalmente, cansancio y escepticismo. En el libro que nos ocupa, Simmel, por el contrario, invita a pensar la pedagogía, no como una ciencia, pero sí como un arte todavía con porvenir.

Estas lecciones sobre pedagogía corresponden al curso que dictó Georg Simmel en la Universidad de Estrasburgo durante el semestre de invierno 1915-1916. Las dependencias universitarias, en el fragor de la guerra entonces, fueron utilizadas como hospital militar, circunstancia que provocó que el profesor y su reducido grupo de estudiantes trasladaran sus lecciones al Instituto de Botánica.

El docente tiene ante sí dos tareas esenciales que cumplir: aportar al alumno un saber objetivo, un “rendimiento objetivo” y educar desde un punto de vista intelectual, moral y cultural su personalidad. La reflexión de Simmel a lo largo de estas páginas trata de responder a esta cuestión fundamental: ¿Qué relación ha

de existir entre instrucción y educación, entre aprendizaje y formación? “La formación no es ni el mero *poseer* contenidos de saber ni el mero ser, cual una constitución del alma sin contenido. Formado es, mucho más, aquel cuyo saber objetivo se ha disuelto en la vivacidad de su desarrollo y existencia subjetivos”.

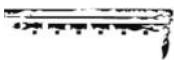
Pero, además de esta clásica dualidad pedagógica, el filósofo alemán introduce un tercer elemento de análisis en su argumentación: el docente debe instruir y educar no como un fin en sí mismo sino teniendo como horizonte la posibilidad de despertar en el alumnado un determinado saber hacer —*können*—. Si se quiere evitar el puro aprendizaje teórico y pasivo, el docente intentará lograr una armonía facultativa entre el *saber* (instructivo), el *ser* (educativo) y el *hacer*. No se trata únicamente de entender que el *hacer* práctico sea el resultado mecánico de aplicar un *saber* teórico previo. Lo interesante de la propuesta epistemológica simmeliana —alejada de la enseñanza puramente racionalista— reside en el hecho de considerar la creatividad como fuente de saber, es decir, que el “modo de pensar proceda del hacer”.

Ese saber hacer nos remite, aunque Simmel no lo menciona, a la *techné* griega: una técnica o arte que potencia la dimensión creativa en su actividad. Y es que la pedagogía, para el que fuera profesor de Ortega en Berlín, tiene más afinidades con el arte que con la ciencia. Un arte que educa a la persona como un todo teórico, práctico y productivo.

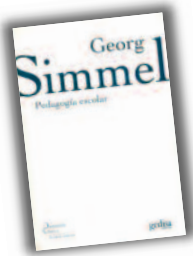
La atención es el arte del docente de saber crear expectativa en el alumnado. Expectativa ante lo desconocido, asombro ante el descubrimiento de lo nuevo. Teniendo en cuenta que de una jornada escolar de cinco horas, el alumno “olvida por lo menos la mitad”, por lo que existirán muchos momentos muertos en los que sus alumnos se hundirán temporalmente en el ensimismamiento y el aburrimiento. Ha de contar con ello para no caer en la desesperación; pero también ha de actuar como un ingenioso guionista que busca al momento preciso para dar un inesperado giro narrativo en la historia que cuenta al espectador. De manera análoga, el docente concibe su clase como una sustancia narrativa pendiente de una articulación efectiva. Simmel sugiere incluso pensar la clase bajo el esquema dramático del planteamiento, desarrollo y desenlace. Además, al final de la clase el maestro deberá anunciar los próximos contenidos y actividades a fin de establecer una continuidad narrativa para que el alumno identifique fácilmente el hilo conductor de la enseñanza. Se trata, en definitiva, de saber administrar los tiempos y los contenidos con vistas a generar curiosidad e inquietud en el oyente. Porque enseñar tal vez no sea otra cosa que saber narrar lo vivido y aprendido.

No sólo es guionista el docente, también es el propio intérprete de sus escritos. De ahí que para lograr una efectiva dramatización del guión, el maestro debe utilizar la mirada y la voz. “Un medio esencial para el dominio del aula es la mirada del docente” escribe Simmel. Ante todo, el profesor nunca debe dar la espalda a sus alumnos e intentará, en la medida de lo posible, no leer lo que va a decir ni tampoco dictar apuntes. Igualmente, la fuerza y el tono adecuado en la voz resulta fundamental para evitar la monotonía que acaba hipnotizando al alumno. Los silencios y el tono de voz permiten dar mayor énfasis a determinadas cuestiones.

El educador será socrático a la hora de suscitar las preguntas como un camino para que el educando pueda descubrir por sí sólo las respuestas. Si de la pregunta cabe esperar únicamente un sí o no, esto no será garantía suficiente para comprobar si se han comprendido las ideas: “Los niños deben ser educados para relatar. La respuesta debe apuntar el *núcleo* de la pregunta, no quedarse pegada a los accidentes”.



LIBROS



GEORG SIMMEL Pedagogía escolar

Pero, por encima de todo, el docente tiene que vencer el miedo de sus alumnos a realizar preguntas en el aula. De lo contrario, el diálogo vivo acaba sepultado en el monólogo lánguido y tedioso. Para superar esta dificultad habitual, el docente puede enseñar también el arte de la pregunta. Simmel pone el ejemplo de un maestro que, tras haber expuesto una serie de ideas se encuentra con que ningún alumno ha planteado pregunta alguna. En ese caso, es el propio maestro quien muestra a los demás lo que él hubiera preguntado: “Yo hubiera querido saber esto y aquello, hubiera preguntado por las causas, efectos y similares; como está el caso ahora”. Así se logrará acostumar gradualmente a los niños a preguntar, y se les dará coraje para la exteriorización espontánea y alegre de sus pensamientos más internos.

Simmel considera innecesario una transmisión de contenidos éticos a través de una materia específica; anticipa, en cierto sentido, lo que la pedagogía actual denomina transversalidad: las reflexiones éticas deben surgir desde las diferentes perspectivas planteadas por las distintas asignaturas. O en los conflictos con otros alumnos o con el maestro que pueden generarse en el interior del aula. El alumno percibirá así la idea ética como una vivencia. “La mejor enseñanza ética es el ejemplo del docente”.

No hay que tratar al niño o adolescente como a un adulto, ni siquiera siempre como un futuro adulto. “No debe presuponerse, en absoluto, que el alumno lo haga todo bien. A la vida le pertenece también lo incorrecto”. Y más en el caso de quien se encuentra aprendiendo. A pesar de ello, Simmel no renuncia al castigo como medida disciplinaria para promover el orden y el respeto, pero siempre que sea utilizado con moderación y sentido constructivo: “El trabajo de castigo le enseñará al haragán que su vagancia sólo le deparará más trabajo. Que no se deje pasar el subrayar esto como ley general de la vida”.

Por último, la educación estética resulta esencial en la formación docente y del alumno, sea cual sea la materia a impartir. La estética que analiza Simmel va más allá de la simple filosofía del arte, se refiere a cualquier aspecto de la sensibilidad dirigido a la “contemplación estética de las cosas”. La cultura racionalista ha privilegiado la palabra objetiva frente a la visión subjetiva. El profesor no enseña sólo a leer y comprender textos, enseña a ver: “La formación estética del ojo es un punto descuidado en nuestra educación. Es irritante que en la escuela la juventud experimente... sólo lo que se puede leer, pero no lo infinitamente mucho más inmediato, convincente, que se puede ver”.

A partir de esta última reflexión sobre la estética, podemos concluir que una de las líneas de fuerza que atraviesa este ensayo pedagógico, y en general el pensamiento de Simmel, es la pregunta de cómo establecer una relación entre cultura y vida, cómo evitar que la cultura aparezca como algo extraño y ajeno a los ojos de un niño o adolescente. La tragedia de la cultura diagnosticada por Simmel, y agudizada todavía más en nuestro presente, se manifiesta también en la alienación educativa: el olvido de la vida, arrinconada entre tanta enseñanza útil y productiva.

En la tempestad de la guerra, Simmel dijo a los docentes y pedagogos que asistieron a sus clases: “Exploren más en las preguntas que en las respuestas”.

Juan Navarro de San Pío